

creces en la atención y en el excelente trato dispensado a su obra en esta tierra. Ahí están los esfuerzos editoriales que se le han dedicado desde Cataluña –en el capítulo se refiere una docena que marcan hitos esenciales en la difusión del *Quijote*, entre los que resalta la primera edición de bolsillo que imprime Juan Jolís en 1755; fue el primer paso para hacer del *Quijote* «el más popular de todos los clásicos».

Y puestos a elogiar, también merece las mejores alabanzas del autor la obra de Anthony J. Close, *The Romantic Approach to «Don Quixote»*, a la que incluye y ya es decir «entre la media docena corta de títulos que bastan para nutrir una completa biblioteca quijotesca». Así de rotundo lo afirma en «La obra romántica más grande de Europa» (pp. 129-137), reedición de la reseña de la obra del eminente cervantista aparecida en el suplemento *Babelia* el año del centenario. Se trata de una mirada de experto que avala la calidad científica y el rigor de una obra que también vuelve la mirada a los tiempos del *Quijote* y a las lecturas que produjeron.

Decía el padre Martín Sarmiento que «es error creer que porque el *Quijote* anda en manos de todos es para todos de lectura». Quizá no sea esa la cuestión; el *Quijote*, como ocurre con los grandes clásicos, es obra de muchos niveles y de matices sutiles que afloran en las lecturas que cada cultura ha hecho de ella. Cada lector la aborda con su bagaje y exprime lo que buenamente puede. Es, por tanto, lectura para quien se acerca a ella y con ella disfruta; sin más. Pero si queremos meternos en honduras, necesitaremos como báculo a quienes han sabido inquirir el fondo y la forma de su mensaje. Valga como ejemplo de lo beneficioso y necesario de esa ayuda este florilegio de eruditísimas páginas que Francisco Rico ha tenido a bien escoger entre su pro-

ducción y ofrecernos en sus *Tiempos del «Quijote»*.

JOSÉ VICENTE SALIDO LÓPEZ  
*Universidad de Castilla La-Mancha*

Antonio Sánchez Portero, *Cervantes y Liñán de Riaza. El autor del otro Quijote atribuido a Avellaneda*, Calatayud, Centro de Estudios Bilbilitanos de la Institución «Fernando el Católico», 2011, 429 pp.

Se olvida con frecuencia, desde el cómodo mirador del entorno académico, el trabajo esforzado y necesario que un gran número de investigadores llevan a cabo fuera del amparo de las Universidades o de los centros de investigación oficiales. Piénsese tan solo en gentes sabias e insustituibles como don Antonio Rodríguez Moñino o don Eugenio Asensio, que nos dejaron un riquísimo legado, sin el cual la historia de la filología española en el siglo XX no sería la misma. Esa es la situación en la que, desde hace años, viene trabajando continuamente Antonio Sánchez Portero, atento siempre a ámbitos singulares y variados de las letras humanas. Entre otros muchos intereses, desde hace casi una década anda dándole vueltas a la atribución verdadera del *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras, compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas*, entiéndase del *Quijote* apócrifo que algún falsario urdió para dar en los morros a Cervantes bajo la máscara del tal de Avellaneda. Su indagación cervantina, que le puso poco a poco tras el rastro de Pedro Liñán de Riaza, dio fruto en varios artículos y en

un libro publicado en el año 2006 con el título de *La identidad de Avellaneda, el autor del otro Quijote*. Este nuevo que aquí se reseña, *Cervantes y Liñán de Rianza. El autor del otro Quijote atribuido a Avellaneda*, ha de entenderse, de algún modo, como la culminación de esa larga y minuciosa tarea.

El punto de partida para esta pesquisa es el soneto de Liñán «Si el que es más desdichado alcanza muerte», recogido por Baltasar Gracián en su *Agudeza y arte de ingenio*, donde se refiere al poeta como «nuestro insigne bilbilitano». A partir de ahí, el trabajo pretende poner sobre el tapete cuatro cuestiones de calado histórico, como son el nacimiento de Liñán en Calatayud y no en Toledo; la circunstancia de que el primer *Quijote* cervantino fuera compuesto con bastante antelación a su entrada en prensa y que circulara manuscrito, al menos, antes de 1605; el hecho de que el mismo *Quijote* apócrifo anduviera de mano por los mentideros literarios antes de 1614; y la identificación de Liñán de Rianza como el emboscado Avellaneda, razón principal de estos escritos.

La obra se presenta dividida en dos partes, en la primera de la cuales se traza un perfil del perfecto candidato al trono avellanedesco. A partir de ahí, se lleva a cabo un repaso detallado por cada uno de los candidatos que el cervantismo ha venido proponiendo, entre otros más, Juan Blanco de Paz, Mateo Alemán, Juan Ruiz de Alarcón, López de Úbeda, Baltasar Navarrete, Céspedes y Meneses, Salas Barbadillo, Castillo Solórzano, Guillén de Castro, Alfonso de Lambert, Alfonso de Ledesma, Mira de Amescua, Juan de Valladares Valdelomar, don Francisco de Quevedo en persona, Suárez de Figueroa, Gregorio González, alguno de los Argensola, Vicencio Blasco de Lanuza, Tirso de Molina, el soldado Jerónimo de Pasamon-

te, fray Luis de Aliaga, Cervantes mismo y –¿cómo no?– el omnipresente Lope de Vega. Los rasgos de este perfil previamente establecido se aplican de modo sistemático a cada uno de esos candidatos, para finalmente descartarlos y llegar a la figura de Pedro Liñán de Rianza, que, como argumenta Sánchez Portero, reúne la mayoría de los atributos imprescindibles para poder ser Alonso Fernández de Avellaneda.

La segunda parte se consagra al encaje de los datos de respaldan la candidatura de Liñán. A eso se añaden unos interesantísimos apéndices insertos al final de los capítulos IX, X, XI y XII, donde se reúnen materiales, indicios, datos e hipótesis que contribuyen decisivamente a construir la argumentación. A lo largo de esta segunda parte, Antonio Sánchez Portero arguye que el *Quijote* apócrifo estaba escrito en su mayor parte antes de 1607, año de la muerte de Liñán, y que con posterioridad Lope de Vega y acaso fray Luis de Aliaga pudieron añadir alguna intervención y que solo trasladaron a los tipos el libro que andaba manuscrito tiempo atrás cuando sintieron como amenaza una tercera salida del caballero cervantino. Para respaldar las relaciones con Cervantes, se insiste en la identificación de Liñán con el «desamorado Lenio» que comparece en *La Galatea* –algo ya apuntado por don Marcelino Menéndez Pelayo– y en la convicción de que Cervantes conocía la verdadera personalidad de Avellaneda, pues habría dejado indicios inequívocos en su propia obra. Por ello, Sánchez Portero realiza un fino rastreo de tales pruebas en toda la obra cervantina, especialmente en el *Coloquio de los perros* y en los dos *Quijotes*. De todo deja cumplida razón en el libro, comenzando por el «sinónimo voluntario» de Sansón Carrasco, que sería encarnación de Avellaneda y, por lo tanto, del oculto Liñán, al que también

apuntarían la «pluma deliñada», no pocos anagramas y hasta el seudónimo ese de Alonso Fernández de Avellaneda, que eligió como máscara. La conclusión es que Avellaneda copia a Cervantes y Cervantes se inspira luego en Avellaneda, al que también ataca, remeda y utiliza en la construcción y en la escritura del *Quijote* impreso en 1615.

Los muchos años de trabajo invertidos en esta compleja tarea de búsqueda han permitido a Antonio Sánchez Portero llevar a cabo un pormenorizado análisis de la cuestión avellanedesca y reunir testimonios, hipótesis, evidencias, suposiciones lógicas, datos, cotejos, análisis textuales y referencias de toda índole

con los que ha intentado avalar una propuesta punto y más que razonable, que convertiría a Pedro Liñán de Rianza en la resolución de este espinoso enigma literario. Pero más allá de ese encomiable y generoso esfuerzo, cabe aquí encarecer la firme reivindicación de un libro como el *Quijote* apócrifo, lastrado en su lectura por la enemiga unánime de lectores y críticos que han terminado por convertirlo en un poco menos que una anécdota secundaria para la historia externa del cervantismo.

ABIGAIL CASTELLANO LÓPEZ  
LUIS GÓMEZ CANSECO  
*Universidad de Huelva*